

paganda en su favor, para la cual, por lo demás, era enteramente impropia, y por sus disensiones interiores carecía de armas para defenderse á sí misma y mucho menos para atacar al enemigo exterior.

Los católicos, al emprender el ataque en toda la línea, sabían perfectamente lo que querían y por lo que combatían, y se hallaban colocados sobre una base sólida y común á todos ellos. Los protestantes en cambio no encontraron el indispensable contacto entre sí al defenderse y en realidad no sabían siquiera la causa por que combatían.

#### LA PREPONDERANCIA ESPAÑOLA

La Iglesia romana restaurada, al recobrar su actividad y energía, no solamente tuvo á su disposición un arsenal inmenso de armas espirituales, sino que también las armas materiales que le dió la política extranjera de Pio IV restableciendo entre el Papado y las potencias relaciones amistosas. El catolicismo encontró su brazo civil en la persona de Felipe II de España, que deseando emplear todo su poder en favor del Pontificado (1), se puso enteramente del lado de éste. Felipe II era católico fanático y estaba animado del deseo de mostrar su devoción al Padre Santo; pero al hacerse adalid de la Iglesia romana restaurada no obedeció solamente á su deseo personal, sino también al carácter de su reino que le impulsaba á esta política. La España tenía un elemento eclesiástico particularmente numeroso, pues desde el tiempo de Fernando é Isabel fué una de las misiones mas esenciales del elemento religioso la protección y propagación de la religión católica romana, y la fuerza de la corona se apoyaba en gran parte en las funciones eclesiásticas de que se había apoderado en los últimos sesenta años. La Inquisición era en España una institución real, y para Felipe II uno de los medios de gobierno mas importantes.

Hay que ir, sin embargo, todavía mas lejos para comprender en toda su extensión la resolución de Felipe II, cuyo objeto no era únicamente eclesiástico, y si en este terreno tenía intereses, no eran los principales. Dividida la casa de Habsburgo, la línea alemana, no obstante el título sonoro de emperador, se contentó con una posición muy modesta dentro del Imperio, mientras que Felipe II había heredado la mayor parte de los territorios y riquezas y además el espíritu de la política de Carlos V. Felipe II, penetrado de la idea de que á la corona de España correspondía el imperio de la tierra, tenía el deseo firme de hacer reconocer este imperio universal á las potencias de Europa, y á esta idea iba unida la del dominio universal, espiritual y eclesiástico de la Iglesia católica romana. Bajo este signo sagrado estaba decidido á luchar, convencido de vencer y de establecer sobre toda la Europa el dominio de España.

Este príncipe, de carácter inflexible, frío, dominante y sin misericordia, que del poder del monarca tenía la idea mas extremada, parece la personificación de las tendencias que formaban la base de la restauración de la Iglesia antigua. Para Felipe II el estado de una nación era tanto mas perfecto cuanto mas omnipotente era la corona, única autoridad legítima llamada á decidir lo que era bueno ó malo, legal ó ilegal. Así dirigió desde su gabinete su inmenso Imperio; así fué su

(1) Felipe II sabía distinguir entre el catolicismo y el papa-rey: protegió siempre al primero, pero no siempre estuvo al lado del segundo. El autor exagera tanto en esto como en lo que dice después, confundiendo el siglo XVI con el XVII. Los padres españoles del concilio de Trento, á quienes los obispos italianos llamaban *sarnosos*, probaron allí que la España no era entonces tan fanática, como lo fué después. Aun en el siglo XVII el fanatismo religioso no era solo de España, sino de toda la Europa.

(N. del T.)

política y así dispuso de sus súbditos á los cuales pedía la misma obediencia ciega que formaba la base de la Orden de Jesús. Las personas, como para esta Orden, eran también para Felipe II el material de que se servía, ya como masa que modelaba, ya como fuerza que empleaba según lo creía conveniente. El alma viva y directora era él solo en todo el vasto mecanismo de su Imperio.

Su política agresiva se fué extendiendo cada vez mas sobre el Occidente europeo; sobre los Países Bajos, que siendo un círculo del Imperio alemán habían caído en su poder por un fatal derecho de herencia; sobre la Inglaterra, que le había dado su segunda esposa, y sobre la Francia, que puso á su alcance su tercera esposa. Pero aun tendió sus miradas mas lejos; las fijaba en el Imperio alemán, ni perdió de vista los asuntos del Norte y Este de Europa. En todas partes se presentaba protector del catolicismo y adversario fanático de la idea protestante, y cuando lo exigía el interés de la preponderancia de España, no vacilaba en dirigirse contra sus mismos correligionarios. Su objeto era establecer en las monarquías de la Europa Occidental, bajo el dominio de España, una política católico-ultramontana de una fuerza irresistible.

El impedir la realización de esta idea fué la política principal de las monarquías amenazadas, no solamente de la Inglaterra por ser ya protestante, sino también de la Francia de los Valois y de los Médicis; pero el gobierno de Francia osciló, enfrente de la política fija de Felipe II, entre extremos contrarios de la política interior y exterior. Para defenderse de la preponderancia española que desde el tratado de paz de Chateau Cambresis (1559) amenazaba á la Francia en el exterior, había debido aliarse con todos los elementos contrarios á la casa de Habsburgo, entre los cuales en Francia eran el mas poderoso el elemento hugonote y los Estados. Además era menester que la corona mantuviera en su propio país su posición preponderante, teniendo sujetos todos los elementos de libertad, independencia y autonomía entre los cuales ocupaba también el elemento hugonote el primer puesto. Entre estos extremos se movió la política de la corona en Francia, manteniéndose equidistante de ambos casi durante todo el resto del siglo, y tan pronto dependió de España y se hizo papista, como se defendió contra la influencia española y se mostró dispuesta á hacer concesiones á los Estados y á los hugonotes. Mientras predominó la influencia de los Guisas, defensores constantes de los intereses de Roma y de Madrid, se mostró la corona en Francia intolerante y antipatriótica, obrando en favor de España y persiguiendo á los hugonotes; y cuando se emancipaba de la influencia del partido hispano ultramontano, se mostraba tolerante y nacional, es decir, hacia la paz con los hugonotes y se erguía contra la preponderancia española.

Muy diferente era la situación de Inglaterra. Mientras estuvo gobernada por la reina católica, María, la esposa de Felipe II, se puso del lado de España y la auxilió en su lucha contra la Francia; pero al subir Isabel al trono, rompió todas las relaciones con el rey de España tan pronto como supo que trataba de arrebatarle la corona porque no quería partirla con él siendo esposa suya. Sabido es que todo el peligro que corría Isabel se concentró en la persona de María Estuardo, por cuyas venas corría la sangre de los Guisas, y que al lado de Francisco II pudo soñar cortísimo tiempo en ser reina de Francia. María Estuardo, en el mismo año (1560) en que se vistió de viuda por su esposo francés (poco después de subir Isabel al trono de Inglaterra), se sentó en el trono de Escocia, en cuyo suceso el ultramontanismo fundó las mas risueñas esperanzas, contando con recobrar todo el Imperio británico para la religión católica cuando fuese soberana de este Imperio la reina escocesa. En concepto del

Papa y de sus partidarios, Isabel, hija de Ana Bolena, era ilegítima y por lo mismo ocupaba el trono de Inglaterra ilegítimamente.

María Estuardo participaba completamente de la idea de los papistas; estaba penetrada de su derecho al dominio de toda la isla y decidida á hacerlo valer. Quería destronar á Isabel de Inglaterra para establecer una Gran Bretaña católico-romana, de la cual ella fuese la soberana. Para esto vió en el rey de España su apoyo natural, y estaba dispuesta á casarse con el infante Carlos á pesar de su cuerpo contrahecho y de su imbecilidad. Cuando este plan de matrimonio fracasó, María tomó por esposo á un lord escocés, quedando siempre su vista fija en el apoyo de España. Justamente desde su casamiento con Darnley (1565) estrechó sus relaciones con las potencias católicas, sobre todo con España; solicitó el auxilio del rey Felipe como del hombre «que Dios había elevado sobre los demás para defender la sacra religión católica.» Tanto el rey como el Papa le prometieron su auxilio, no solamente contra sus súbditos rebeldes y de otra religión, sino para el restablecimiento de la Iglesia antigua en Escocia, y para hacer valer sus derechos al trono de Inglaterra.

Felipe II, perdida la esperanza de casarse con la reina Isabel y de conservar así sobre la Inglaterra la influencia que había ejercido como esposo de su predecesora, se inclinó enteramente á favor de María, decidido á apoyar sus pretensiones sobre la corona de Inglaterra, con la intención de tener en ella un instrumento para la realización de sus planes como lo fueron después los Guisas en Francia.

Vemos, pues, que en los asuntos de los Países Bajos, de Francia y de las islas británicas se combinaron desde un principio las tendencias políticas con las religiosas. En María Estuardo prevalecía el sentimiento dinástico sobre el religioso, aunque éste era fuerte. Para ella la conversión de toda la isla á la religión católica era solo el medio de someterla á su cetro. Lo mismo puede decirse de Isabel, que era partidaria de la nueva religión, no solamente por convicción religiosa, sino también por política, por evitar el peligro que amenazaba su trono. Fué indudablemente un acto de defensa el declarar, como declaró, religión del Estado la de la Iglesia anglicana, después de haber estado bajo los tres gobiernos anteriores tan pronto protegida como hostilizada y perseguida. Hecho esto, y sin cuidarse de los elementos católicos del país todavía muy numerosos y fuertes, se aplicó á auxiliar á los partidarios de la nueva religión en todos los países donde estaban perseguidos. Los intereses personales y los de su trono se confundieron con los intereses generales protestantes de su época, y enfrente de Felipe II pareció Isabel la protectora natural de todos los elementos de la Europa occidental que peligraban por las tendencias de España, del Papa y de la familia de Guisa. Así esta reina se hizo representante y defensora de la tendencia protestante y germánica contra el romanismo eclesiástico político que avanzaba.

Felipe II, que procedía también en política muy sistemáticamente, no siendo amigo de decisiones rápidas ni menos precipitadas, se fijó por lo pronto en un objeto poco distante á fin de alcanzarlo con mas seguridad. Limitándose á trabajar en secreto en los asuntos de Francia y de Inglaterra, empleó en los Países Bajos una energía brutal, teniendo allí á su favor el derecho del soberano. La Alemania protestante levantó un grito de horror ante la intolerancia cruel ejercida por el rey de España en el círculo de Borgoña; pero Felipe podía fundarse en el principio de la paz religiosa: *cujus rex eius religio*, el cual le daba en sus provincias alemanas el

mismo derecho que aplicaban el conde palatino Federico el Piadoso y el príncipe elector Augusto de Sajonia para legalizar sus conversiones. Los habitantes de los Países Bajos se levantaron contra la tiranía política y religiosa con la misma violencia y enañosamiento que la nobleza protestante de Escocia al regreso de María y los hugonotes en Francia después de la matanza de Vassy; pero entonces llegó el duque de Alba y con él el terrorismo, con lo cual se creyó el rey Felipe seguro de imponer el yugo español y someter á estas provincias á la Iglesia romana.

Con la llegada del duque de Alba á los Países Bajos em-



El duque de Alba  
Medallón retrato de plata existente en el Real Moneterario de Berlín  
Tamaño del original

pezaron á confundirse las situaciones enredadas en la Europa occidental; pues al levantarse aquellos habitantes para defender su libertad y su fé religiosa contra la tiranía de Alba, los hugonotes en Francia echaron otra vez mano á las armas, porque, hostilizados y perseguidos á pesar de la paz de Amboise (1563), vieron en la crueldad de Alba aumentado el peligro propio y procuraron evitarlo. La causa que defendió el príncipe de Condé con las armas era la misma que defendía el príncipe de Orange; y la lucha que en el año 1568 se sostuvo principalmente en los Países Bajos fué la misma que el año siguiente tenía por teatro la Francia. Si el príncipe de Orange, después del desgraciado éxito de su campaña en los Países Bajos, se trasladó á Francia, fué con perfecto conocimiento de lo que hacia, es decir, para hacer la guerra á Felipe II, tanto en un país como en otro. Felipe II por su parte estaba estrechamente relacionado con el gobierno francés; pues Catalina de Médici le había asegurado que no toleraría mas religión que la romana católica y Felipe II por su parte le dijo que se cuidaba tanto de los asuntos de Francia como de los propios. Envió, pues, auxilio armado á Francia mientras el papa Pio V organizaba suscripciones para allegar recursos pecuniarios y tomaba parte en la lucha con un pequeño cuerpo armado.

Por entonces en Escocia había triunfado la oposición pro-

testante, y la reina María fugitiva se había puesto (mayo de 1568) bajo la protección de la reina Isabel, que estaba preparándose para hacer frente a España y que por lo mismo no tardó en encerrar a su peligrosa rival (1) en un fuerte castillo.

Felipe II contaba con un movimiento católico que establecería en Inglaterra y libertaría a la reina de Escocia, la cual, una vez en libertad, daría su mano a don Juan de Austria. María había enviudado por segunda vez a consecuencia de un crimen horroroso, y casada por tercera vez, su esposo la había abandonado brutalmente. No se atrevió Felipe a adelantar más, sobre todo abiertamente, y no aceptó la alianza ofensiva contra Inglaterra con que le brindó en 1569 el cardenal de Lorena, tío de María Estuardo. Felipe habría quedado satisfecho si se hubiese realizado aquel matrimonio con su hermano natural, porque con esto habría subido un Habsburgo al trono de Escocia y habría adquirido los derechos que los Estuardos tenían sobre el trono de Inglaterra. En efecto, ¿qué hubiera podido desear más? Porque toda la Gran Bretaña hubiera estado así bajo la autoridad de Felipe como lo estaba la Italia después de la paz de Chateau Cambresis y a la sazón también la Francia gracias a la influencia de los Guisais.

El embajador español en Inglaterra no descansó, y principalmente por sus esfuerzos estalló en aquel mismo año en que sucumbieron los hugonotes en Francia (1560) la sublevación papista en Inglaterra, que fue sofocada por Isabel, a quien Pio V excomulgó (25 de febrero de 1570), declarándola destronada y desligando a sus súbditos de su juramento de fidelidad. A pesar de nuevas turbulencias que estallaron bajo la influencia española y papal, la nación inglesa en su inmensa mayoría se agrupó alrededor de su reina y el parlamento declaró culpables de alta traición a cuantos llamaran a la reina hereje y negaran su legitimidad de reina.

El aumento colosal del poder de Felipe y de su influencia empezó a infundir grandes recelos a la corte de Francia, que fue comprendiendo el papel indigno y peligroso que le imponía su dependencia de España. Excitó indignación y sospechas la actitud de los Guisais entregados completamente a la política española. Existía en el partido victorioso de la guerra civil en Francia una corriente moderada que, considerando el punto de vista político superior al religioso, pedía la reconciliación con los hugonotes y que se reconocieran los derechos de éstos a fin de poder dirigir toda la fuerza unida del reino contra el extranjero, contra España.

Esta idea nacional tuvo también partidarios en las regiones del gobierno, y la paz firmada en 1570 en Saint Germain en Laye con los hugonotes prueba el cambio que se había realizado en la política del gobierno francés. Este había visto con espanto la preponderancia de España en el Mediterráneo cuando en octubre de 1571 las armas españolas aliadas con las fuerzas del Papa y de Venecia aniquilaron bajo el mando de don Juan de Austria la escuadra turca en el golfo de Lepanto, mientras que el emperador no había podido resistir a los turcos por tierra. Esta victoria hizo una impresión tanto más penosa en Francia, cuanto que el rey Carlos IX se había negado a entrar en la liga contra el sultán, con el cual, por el contrario, había renovado los tratados antiguos franco-turcos. La jornada de Lepanto acrecentó los temores y la rivalidad de los franceses y fue para ellos un motivo más para alejarse de España y del Papa y acercarse a Inglaterra. Entonces se formaron hasta proyectos de matrimonio entre ambas cortes y planes de alianza en la cual se prometían

(1) Peligrosa estando fugitiva, destronada y suplicante!

(N. del T.)

mútuo auxilio contra todo ataque, aunque fuese motivado por la religión.

Esta actitud de los gobiernos francés e inglés influyó forzosamente en los rebeldes de los Países Bajos, que desde el mar se arrojaron (1 abril 1572) primero sobre Briel y después sobre Vliessingen, en cuya empresa atrevida, pero coronada de brillante éxito, tomaron parte tropas inglesas y francesas y fue la señal de un nuevo levantamiento de las provincias de Zelanda y Holanda contra la tiranía de Alba. El príncipe de Orange pasó con un nuevo ejército el río Mosa y penetró muy adentro del Brabante, y Luis de Nassau conquistó con sus tropas hugonotas francesas la plaza fuerte de Mons. El rey de Francia, Carlos IX, declaró en sus cartas que emplearía todo su poder para libertar a los Países Bajos del yugo español, porque entonces este soberano se había entregado enteramente al almirante Coligny, jefe de los hugonotes, y aceptó su plan de un gran ataque contra España. El pensamiento de Coligny era separar de esta monarquía al mismo tiempo las provincias de los Países Bajos y las colonias de ultramar, con lo cual obtendrían la preponderancia marítima las potencias enemigas de España, y la Francia era llamada a ponerse a la cabeza de esta empresa.

Todo marchaba bien y se preparaba un gravísimo peligro contra Felipe y la preponderancia española, cuando ocurrieron los sucesos de la noche de San Bartolomé (22 agosto de 1572), en la cual la ferocidad de los franceses sobrepujo en mucho a las crueldades de Alba, prestando al mismo tiempo un gran servicio al rey de España que con gran sorpresa de las personas que le rodeaban se rió a carcajadas al recibir la noticia de aquella matanza y no se cansó de alabar a Carlos IX que, según decía, había ganado con este hecho el título de rey cristianísimo. El papa Gregorio XIII hizo reproducir este suceso horroroso por Vasari en un cuadro y glorificarlo con un panegírico que encargó a Muret. No obstante, estos repentinos excesos de ferocidad no sofocaron el movimiento hugonote en Francia, ni el gobierno permanente de terror ejercido por el duque de Alba reprimió el movimiento popular en los Países Bajos. Los protestantes franceses se volvieron a levantar para vengar el martirio de los millares de correligionarios suyos y evitar el peligro que amenazaba a todos ellos. Auxiliados secretamente por Isabel de Inglaterra, no solamente se sostuvieron, sino que hasta volvieron a conquistar cierta importancia política que les dió el edicto de Poitiers, como resultado de la paz de Bergerac (setiembre de 1577), en cuyo edicto les fueron confirmadas las concesiones de Saint Germain en Laye. En los Países Bajos concluyó de un modo lamentable la campaña emprendida en la primavera de 1572, porque a consecuencia de la noche de San Bartolomé faltaron los auxilios franceses, sin los cuales el príncipe de Orange no pudo sostenerse contra Alba. Pero, a pesar de todo, los protestantes continuaron defendiéndose con el valor de la desesperación y decididos a morir antes que rendirse. Cuando en las filas de la soldadesca española se empezó a introducir la indisciplina a causa de no poderle satisfacer el sueldo, y cuando sin haber obtenido el resultado apetecido se halló quebrantado el gobierno del terror y el duque de Alba fue relevado por Requesens, se unieron todas las provincias, en noviembre de 1576, en el concierto de Gante para la expulsión de los españoles, e Isabel entró con ellas en alianza para realizar la pacificación y les envió el auxilio de un cuerpo armado inglés.

Felipe II continuó, pues, sin haber conseguido su propósito inmediato. Su carácter precavido no le permitió ir más allá antes de concluir con los Países Bajos, y poco a poco parecía que conseguiría allí su objeto porque la unión de las provincias en Gante fue el principio de su separación o di-

vision y produjo el estado católico que por fuerza había de facilitar la obra de su adversario. Don Juan de Austria alcanzó en el poco tiempo de su gobierno más que Alba, sin la ferocidad de éste, y lo que dejó por hacer lo intentó concluir su sucesor Alejandro Farnesio, duque de Parma y sobrino de Felipe II, en el cual se unían la destreza del político y el valor y circunspección del general. Difícil era la situación del príncipe de Orange enfrente del duque de Parma que consiguió, gracias al estado caótico, poner de su parte el Mediodía católico contra el Norte protestante, si bien éste en cambio se consolidó en la unión de Utrecht (22 enero de 1579) y en 26 de julio de 1581 proclamó su independencia política y su separación de España.

Respecto de los Estados de la Unión fue preciso emplear la fuerza, y en esto el de Parma se mostró también maestro, ganando en la guerra cada vez más terreno, porque las tropas de Orange era insuficientes para resistir a las fuerzas unidas españolas y valonas. Parma tomó Dunquerque e Ipern y seguidamente otras plazas, en todas las cuales confirmó los privilegios de los habitantes, pero restableció la misa y expulsó sin contemplación a los protestantes. Con esto, calculando sabiamente, dió a la guerra un nuevo carácter, pues siendo al principio a la vez religiosa y política, se redujo después a guerra exclusivamente religiosa. Al arrojar la tea del odio y de la discordia religiosos entre los habitantes de las Provincias fanatizó a los católicos para agregarse a España y tomar parte en la lucha contra sus hermanos protestantes en el Norte que se habían hecho independientes del dominio español. Bajo la protección de las armas españolas acudieron los jesuitas en número siempre creciente y añadieron sus trabajos de zapa a los triunfos militares del duque de Parma. Los devotos padres excitaron hasta al asesinato, medio de combate el más infame en las guerras religiosas. El príncipe de Orange, declarado fuera de la ley desde el año 1580, después de haberse librado felizmente de diferentes atentados contra su vida, fue muerto alevosamente por Baltasar Gerard en el mes de julio de 1684, y Felipe II concedió a la familia del asesino, que le había librado de su enemigo más temible, ejecutoria de nobleza. Libre ya el duque de Parma del último obstáculo opuesto entre él y la victoria, avanzó por la Flandes oriental al interior del Brabante. Los Estados de la Unión, decididos a continuar la guerra no obstante la pérdida al parecer irreparable de su jefe, dieron el mando de sus fuerzas al hijo del asesinado, al príncipe Mauricio, bien que a la sazón solo contaba 17 años; mas con todo no pudieron detener al de Parma en su victoriosa carrera, y en setiembre de 1584 cayó Gante, en el mes de marzo siguiente Bruselas, luego Mecheln, Nimega, y después de un largo sitio también Amberes (agosto de 1585), suceso de trascendencia inmensa porque Amberes era la cabeza de puente contra las provincias del Norte, y la embocadura del Escalda la puerta de salida contra Londres. Parecía seguro que Holanda y Zelanda no podrían sostenerse ya mucho tiempo.

Entretanto los asuntos en Francia habían tomado el aspecto más favorable a los intereses de Felipe II. El gobierno francés se había unido a los Guisais en la matanza de San Bartolomé y se había entregado enteramente a esta familia: sin embargo, y a pesar de ser el rey Enrique III celosísimo católico, no quiso depender de nuevo de España ni estar bajo la tutela de las grandes familias nobles de Francia; estaba decidido a poner un límite a la ambición y sed de dominio de los Guisais, jefes del partido ultramontano, enemigos mortales de los hugonotes y representantes de los intereses de España en Francia. La conciencia, o mejor dicho, la decisión de acabar con esta situación insostenible contribuyó a que

el rey consintiera en hacer nuevas concesiones a los hugonotes en el edicto de Poitiers (1577), para probar que la corona de Francia había sacudido la tutela española y que estaba decidida a elevarse por encima de los partidos y de sus odios y ser igualmente justa con todos los miembros del reino.

Ya se vió en perspectiva una combinación matrimonial entre las casas reales de los Valois y de los Tudor, entre las cuales habían quedado suspendidas las relaciones a consecuencia de la noche de San Bartolomé. El duque de Anjou y Alenzon, heredero de la corona francesa, al cual los habitantes de los Países Bajos habían nombrado su estatúder general invitándole a ponerse a la cabeza de sus fuerzas para hacer frente al duque de Parma, solicitó (1581) la mano de la reina Isabel, que si bien tenía veinte años más que el duque, dió a éste mayores esperanzas de las que tenía costumbre de dar a otros pretendientes, prometiendo celebrar el matrimonio cuando se hubiera realizado la alianza ofensiva y defensiva entre Francia e Inglaterra. La Francia católica y la Inglaterra protestante se veían otra vez impulsadas a contar con su resistencia mútua contra la España y sus tendencias dominadoras. Las provincias sublevadas contra España naturalmente habrían formado parte de la alianza.

Verdad es que el rey de Francia no tomó parte en la empresa de su hermano; pero si éste hubiese salido victorioso en su lucha contra el duque de Parma, su victoria habría facilitado en gran manera la realización de aquel matrimonio. Sin embargo, el duque de Anjou no consiguió nada en la guerra, y habiendo caído enfermo, tuvo que retirarse del teatro de su breve actividad guerrera y regresó sin gloria a su patria, donde murió en junio de 1584, casi al mismo tiempo que perecía el príncipe de Orange a manos de un asesino.

La muerte del duque de Anjou fue un suceso de gran trascendencia porque aumentó de un modo increíble los odios en el interior de Francia y la influencia de España sobre este país. No teniendo Enrique III sucesión ni probabilidad de tenerla, a pesar de no contar más que treinta y tres años de edad, se extinguía con él la degenerada familia de los Valois, semejante a la de los Merovingios, y de consiguiente la corona de Francia, a la muerte de Enrique III, debía pasar al esposo de su hermana Margarita, Enrique de Navarra. Pero éste era hugonote y por tanto estaba incapacitado para el gobierno de Francia en opinión de la corte de Madrid y de la curia romana.

Los Guisais estaban decididos a aprovechar en su beneficio la muerte del rey para recuperar su influencia sobre la corona a manera de los mayordomos carlovingios. El rey, conforme a su política que entonces se mantenía distante de los extremos, estaba dispuesto a reconocer la sucesión de Enrique de Navarra a condición de que éste volviera a ingresar en el seno de la Iglesia romana; pero los Guisais no aceptaban esta solución y pidieron que se le excluyera en absoluto de la herencia, porque como hereje reincidente era indigno de sentarse en el trono de Francia. Es posible que al decir esto tuviesen la segunda intención de dejar despejado el camino para ocupar ellos mismos el trono francés, pues en aquel tiempo se publicó un escrito en el cual se demostraba que los Guisais descendían de los carlovingios y que de consiguiente su derecho a la corona de Francia era más legítimo que el de los Valois y de los Borbones. Para el rey Felipe fue en extremo favorable esta divergencia dentro del partido católico de Francia, porque puso en sus manos por segunda vez una arma eficazísima contra el rey que tan descontento le tenía. En efecto, nada podía favorecer más la influencia de Felipe en Francia como los odios y guerras interiores. Al ponerse, pues, el gobierno español del lado de los Guisais

que estaban avocados á la rebelion no hacia mas que trabajar á favor de su propio interés, y así se realizó rápidamente (á principios del año 1585) una liga entre Felipe II y el partido de los Guisais, á cuya liga el papa Gregorio XIII dió su bendicion, porque no iba dirigida úticamente contra la sucesion de Enrique de Navarra, protestante, sino contra el protestantismo en general, que debía ser exterminado tanto en los Países Bajos como en Francia. El rey de España prometió á los Guisais su auxilio, por lo pronto el pecunario, y ellos en cambio le prometieron el suyo para la reconquista de los Países Bajos y para ponerle en posesion de los territorios de Enrique de Navarra que confinaban con España. Esta liga fué un convenio entre súbditos franceses y una potencia extranjera á espaldas de la corona y contra las tendencias representadas por ella.

La liga encontró partidarios en grandísimo número porque entraron en ella las masas fanáticas por la religion católica, una gran mayoría del clero que habia tenido que ceder á la corona muchos de sus derechos, y la mayor parte de la alta nobleza, que estaba indignada de la conducta política de la corona que se mantenía entre los extremos. Todos estos elementos ingresaron en el partido hispano-ultramontano por el cual trabajaban con tanto celo como buen éxito los jesuitas, que desde las enemistades religiosas habian conseguido establecerse en Francia. Fué una oposicion fuerte y unida la que se formó bajo la proteccion de España contra la corona y su tendencia á conciliar los partidos extremos en el interior del país y hacerse independiente del extranjero. Si esta oposicion llegaba á levantarse en armas contra el gobierno, el suceso seria favorabilísimo á la política de Felipe II, tanto por fomentar su preponderancia en Francia como para sus intereses territoriales.

En esta situacion la corona de Francia debería haber llamado en torno suyo como en otras ocasiones á todos los elementos anti-españoles y contrarios á la liga, y tambien á los elementos hugonotes y de Navarra; debería haberse aliado con las provincias septentrionales de los Países Bajos que estaban en guerra con España; haber sofocado á la fuerza la oposicion dentro de Francia, y haber hecho frente á España abiertamente y con las armas; mas para tomar esta decision, que era el antiguo programa de Coligny, faltó al rey Enrique III el valor. Papista rígido, no se atrevió á hacer causa comun con herejes; y á principios del año 1585 se negó á aceptar el gobierno supremo de las provincias unidas de los Países Bajos por no reconocer sus privilegios y su religion, segun le habia propuesto formalmente una embajada de aquellas provincias. ¿Cómo podia uno de los héroes de la noche de San Bartolomé ponerse á la cabeza de los hugonotes? Aunque se habia decidido, en el interés de su reino, á tolerar á los hugonotes y pactar con ellos, no por eso dejaba de ver en ellos enemigos de la única Iglesia verdadera y anatematizados por el Papa.

En esta situacion creyó Enrique III evitar los peligros entrando en la liga que sin ocultar su hostilidad empezaba ya á dirigir las acusaciones mas enérgicas contra el rey. Hizolo así adoptando la intolerancia contra los hugonotes y otros protestantes, intolerancia que formaba una parte importante del programa político de los Guisais. Publicó el edicto de Nemours (en julio de 1585), que venia á ser la revocacion del edicto publicado ocho años antes en Poitiers. Anuló en él todas las concesiones hechas á los hugonotes y concedió en cambio á los liguistas un gran número de ventajas importantes; proclamó la religion católica romana como única legítima y desterró del país á los partidarios de la nueva doctrina.

Poco despues (en setiembre de 1585) fué publicada la bula

papal por la cual Sixto V declaró al rey Enrique de Navarra, como jefe de la herejía, incapaz de ocupar el trono de Francia y desposeido de todos sus territorios, lo cual fué casi tan importante y tan favorable para España como la caída de Amberes que tuvo efecto en aquel mismo tiempo.

Casi ninguna guerra ha tenido por motivo una situacion mas singular que la llamada guerra de los tres Enriques, que estalló en 1586 en Francia por la sucesion del trono, no vacante todavía. Fué una guerra que no se hizo directamente entre los enemigos principales, sino que se manifestó en la rivalidad disimulada de sus partidarios. El rey Enrique III, al entrar en la liga para hacer la guerra á la herejía, no pensó en adoptar todo el programa de los Guisais ni menos en dejarse dirigir por ellos; Enrique de Guisa en cambio queria someter al rey á su voluntad y poder; y los auxilios pecunarios que recibia de España tenian por objeto aumentar su influjo é independencia enfrente del rey y sostener la guerra contra Enrique de Navarra y los hugonotes.

Estas dos tendencias, la de Guisa y la del rey, ó sean la tendencia española y la francesa, en el seno de la liga se exacerbaban rápidamente de una manera inesperada, tanto que el rey vió en su propio ejército á su enemigo mas peligroso, mientras Enrique de Navarra obtenia ventajas con los auxilios de Inglaterra y los contingentes de Alemania. Desde que la ciudad de Paris se habia declarado á favor de Guisa y se habia armado contra el rey, y desde que la Sorbona, entregada entonces enteramente á la Compañía de Jesús, habia declarado que no se debía obedecer á un rey que no cumpliera sus deberes, empezó Enrique de Guisa á prescindir completamente del rey su aliado y entró á despecho del rey en la capital en la cual estalló (mayo de 1588) aquella formidable explosion que hizo á Guisa enérgico jefe de la liga, dueño de la capital y de toda la Francia.

Entonces era brillante la situacion de Felipe II. Habia muerto en los Países Bajos su temible adversario el príncipe de Orange; estaban reconquistadas diez de las 17 provincias de los Países Bajos y las siete restantes rodeadas y asediadas por todas partes; dominaba en Francia la santa liga, dependiente enteramente de España y soberana en Francia, cuyo rey era un mero instrumento de los Guisais; en Suiza, la mayoría de la Asamblea federal estaba á favor de los cantones católicos que habian hecho alianza eterna con España; aliado de España era el duque de Saboya que se preparaba para atacar á Ginebra y Berna; el rey de España desde 1580 se hallaba en posesion del Portugal y de los incommensurables tesoros coloniales de tres partes del mundo para realizar sus planes en Europa; y á todo esto se agregaba que tambien en otros países europeos, sobre los cuales no se extendia directamente la influencia de Felipe como en Alemania y en los países del Báltico, prosperaba sin cesar la causa del ultramontanismo que era la causa de Felipe II. Al mismo tiempo, Segismundo, rey de Polonia como descendiente de Wasa, queria hacer valer de acuerdo con España sus derechos soberanos sobre la Suecia protestante. En estas circunstancias vióse Felipe II en el mejor camino para alcanzar su objeto: la monarquía universal católica y absolutista. Fué aquel un tiempo terrible y nunca visto. Toda la Europa temblaba bajo la influencia española.

Solo Isabel de Inglaterra, protectora de todos los partidos anti-españoles y anti-católicos, quedaba por someter á la influencia de España. Hacia tiempo que Felipe II habia tenido la vista fija en Inglaterra, pero siempre habia evitado proceder abierta y directamente; porque mientras se veía obligado á emplear la mayor parte de su ejército en la guerra con los Países Bajos, evitó toda ruptura con Inglaterra y

se limitó á los trabajos de zapa, de los cuales se encargaron muy diligentemente el Papa y la Iglesia y naturalmente en representacion suya los padres de la Compañía de Jesús. El trabajo consistió en revivificar al catolicismo inglés; pues á pesar de la política decididamente protestante de la reina de Inglaterra la religion antigua conservaba muchos partidarios aun estando sumisos á las leyes protestantes, á la reina y hasta tomando parte en el culto anglicano. Si en el fondo continuaban siendo católicos, se habian hecho tibios y habian perdido su fanatismo religioso, de suerte que si algo habia de hacerse para revivificar el catolicismo en Inglaterra el impulso regenerador debía proceder de fuera. Ya en 1568 Guillermo Allen en el colegio de jesuitas de Douay habia unido á los ingleses jóvenes que habian permanecido fieles á la religion católica y que hasta entonces habian estudiado en los Países Bajos. El colegio de Douay fué trasladado á Rains á causa de los disturbios de los Países Bajos, y sobre diez años despues (1579) el papa Gregorio XIII, propagador incansable de su Iglesia, fundó tambien para la nacion inglesa un colegio especial en Roma á fin de que los jesuitas educaran en él á jóvenes ingleses para emplearlos despues en la conversion de su nacion á la religion católica. A este fin los educandos á su admision en el colegio debian obligarse á dedicar todas sus fuerzas cuando hubiesen concluido sus estudios á la mision indicada. Un año despues de la fundacion de este colegio volvieron á su país con la bendicion papal trece de los colegiales llevando á su cabeza á los padres Roberto Parsons y Edmundo Campion. Así se presentaron los jesuitas tambien en el territorio inglés, y lo recorrieron fingiendo cada uno una profesion ú oficio diferente del suyo, el uno como soldado, el otro como comerciante, y así los demás. Sigilosamente se introdujeron en los palacios de los aristócratas católicos, y despues de haber predicado, confesado, dado la absolucion y aconsejado á una familia, pasaban, siempre con cautela, á otra. Su éxito fué sorprendente, contribuyendo á ello el carácter misterioso de la actividad de estos misioneros, así como los peligros que corrian. Aumentóse el número de disidentes y apareció toda una literatura dirigida contra la Iglesia oficial anglicana y contra la reina, á la cual negó el derecho á la corona excitando á la resistencia contra ella y justificando hasta el regicidio.

Desde aquel momento, es decir en los años 1584 y 1585, justamente en el tiempo en que fué asesinado el príncipe de Orange, se aumentaron las intrigas y conspiraciones á favor de María Estuardo y los atentados contra Isabel, la cual no pudo dominar la agitacion papista y jesuítica, á pesar de su persecucion enérgica contra los alborotadores jesuitas y de los procedimientos inquisitoriales y expeditos de la alta comision. El embajador español D. Bernardino de Mendoza, especie de personificacion de la idea del predominio español y de la solidariedad de los intereses hispano-papistas, estaba en relaciones estrechas con el movimiento jesuítico, con María Estuardo y sus partidarios entre los escoceses, y con los Guisais y la liga de Francia.

Entonces penetraron tambien los jesuitas en Escocia con los sacerdotes formados en su seminario, para formar allí una oposicion católica á fin de preparar así con el auxilio español una invasion en Inglaterra desde el Norte.

Pero la Inglaterra protestante y su parlamento se pusieron del lado de su soberana, y en marzo de 1585 se formó una asociacion para proteger la persona de la reina y su derecho hereditario contra todos los atentados. El hijo de María Estuardo, su sucesor en el trono de Escocia, el rey Jacobo VI, abandonó completamente la causa de su madre é hizo despues con la reina Isabel de Berwick una alianza ofensiva y defensiva contra España.

No obstante, al año siguiente hubo una nueva conspiracion mas peligrosa que todas las anteriores, á la cual servia de instrumento principal un católico fanático llamado Antonio Babington que estaba completamente bajo la influencia clerical. Con él mantenía tambien relaciones secretas Mendoza, que á la sazón se hallaba en París y que como los jesuitas le impulsaba á asesinar á la reina Isabel, á sublevar los condados, libertar á María y sentarla en el trono. Esta última tuvo noticia del plan en su prision y lo acogió con júbilo, sin que le espantara el asesinato de su rival, comprometiéndose á entregar á Felipe II á su hijo y sucesor protestante para convertirlo al cristianismo, y en caso de que el plan no se realizara, cediendo al rey de España sus derechos al trono de Inglaterra. Por aquel tiempo se publicó un escrito del jesuita Parsons en el cual se trataba de demostrar que la hija de Felipe II, la infanta Isabel, tenia derecho al trono de Inglaterra.

El ministro Walsingham, hombre sagaz, tuvo noticia de todo, del plan y de los preparativos para su ejecucion, y enteró de ello al gobierno. Entonces estuvo perdida María. El tribunal condenó á muerte á los conjurados, sin exceptuar á María, siendo ejecutados los primeros en otoño de 1586 y algunos meses despues María, porque la confirmacion de la sentencia de muerte costó á la reina una gran lucha interior.

Este acto fué exigido por la necesidad de la defensa (1), al paso que fué un golpe dirigido principalmente contra España porque en el gobierno español veía Isabel cada dia mas claramente su enemigo mas peligroso. Por lo demás estaba ya con él en guerra, porque antes de terminar el año 1585 habia enviado á los holandeses á sus instancias al conde de Leicester, que nombrado por los holandeses estatíder volvió á emprender las operaciones contra el duque de Parma, bien que sin el deseado éxito, por cuya razon dimitió á fines del año 1587 y volvió á Inglaterra. Mejor suerte tuvieron los ingleses por mar. Francisco Drake habia hecho en otoño de 1585 una expedicion con su escuadra inglesa contra las colonias españolas en América, y en enero del año siguiente ocupó la isla de Santo Domingo. Al año inmediato penetró en el puerto de Cádiz y destruyó los buques que hacian el comercio con América y que se hallaban anclados en aquel puerto. Walter Raleigh fundó en América la primera colonia inglesa en el Nuevo Mundo y le dió el nombre de Virginia en honor de la reina de Inglaterra, á despecho de España, que fiada en una sentencia del Papa, se creía poseedora única de todas las colonias americanas.

Estos triunfos de Inglaterra por mar (2) y la muerte de la reina de Escocia fueron para Felipe II una provocacion que le impulsaba á atacar á la Inglaterra, su último adversario, con todo el empuje de su poder.

Empezó los preparativos mas formidables; llamó á todos los católicos ingleses á las armas; en Flandes y en las provincias valonas se establecieron banderines de enganche, y de Alemania acudió tambien un contingente de tropas católicas; el papa Sixto V excomulgó otra vez á la reina Isabel, la declaró destituida, desligó á sus súbditos de su juramento de fidelidad y llamó á su auxilio al rey Felipe, con el cual hizo un convenio obligándose á auxiliar al rey de España en la inmediata guerra con fondos y prometiendo Felipe en cambio aceptar la Inglaterra en feudo de manos del Papa.

Fué una empresa colosal en la cual se unieron la corona de España y el catolicismo romano. Era para Felipe el último paso y el mas decisivo para realizar su plan de la supre-

(1) Esto es lo que niegan muchos historiadores. (N. del T.)

(2) Estos no fueron triunfos de Inglaterra, sino de dos piratas ingleses contra poblaciones y embarcaciones indefensas. (N. del T.)